

CANTO RODADO
ANA GAITERO

ESCARNIO

Una mujer camina, calle arriba, calle abajo, apoyada sobre un bastón. Es 31 de enero y hace un sol primaveral. Ya no es febrerico el único loco del año. La anciana se acerca a las mesas de la terraza y susurra a una de las personas allí sentadas: «Hay que salir todos a la calle porque, si no, vamos a volver a la cartilla de racionamiento».

Estremece sentir el miedo en una persona mayor. Yo recuerdo a mi padre, hace 30 años, cuando esperábamos el desenlace del golpe de Estado del 23-F. Tenía miedo. El fantasma de la Guerra Civil estaba reciente en su memoria, a pesar de que era tan solo un niño cuando otro golpe cambió la historia de España.

Ahora que los sables no son un peligro, juegan a meter miedo a la población. Desde los platós de televisión. La tele y el miedo son muy poderosos. Los lobos se disfrazan de corderos y alertan contra un hipotético pacto de Gobierno entre PSOE y Podemos comparando a este partido con los golpistas del 23-F. Es obsceno que Alfonso Guerra saque la bicha del fascismo para alertar contra una posibilidad democrática.

Será mejor tomarlo a risa. No tomar en serio que el telediarario abra con el lobo que fue vicepresidente del Gobierno aullando hacia todos los puntos cardinales de España. Es patético.

Baile

El baile de máscaras es una ceremonia de la confusión. Hay que andar con pies de plomo. De pronto, los problemas ya no son el paro, la falta de vivienda, los recortes en los servicios públicos. El dinero en Suiza, la emigración de jóvenes, la corrupción como marca de los gobiernos. O, en el caso más concreto de León, el declive de todos los sectores productivos y el turismo como única tabla de salvación. Desde noviembre, cuando se disol-



*ES OBSCENO QUE
ALFONSO GUERRA
INVOQUE A LOS
GOLPISTAS DEL 23-F
PARA DESALENTAR LA
POSIBILIDAD
DEMOCRÁTICA DE UN
PACTO PSOE-PODEMOS*

vieron las Cortes, España está bajo un gobierno en funciones. Y no pasa nada. El país funciona. La vida sigue y el tiempo no se detiene. Pero más pronto que tarde tiene que formarse un Gobierno que decida el rumbo a tomar. Los vientos soplan fuertes y arrecian contra la posibilidad de que Podemos entre en el nuevo gabinete.

El carnaval es la traca final de las fiestas de invierno. La ocasión para dar rienda suelta a la libertad y criticar al poder. Desde la iglesia hasta el gobierno. Es el tiempo de los juegos de escarnio. De chirigotas.

En esta ocasión, el escarnio quieren hacérselo a la gente maleando la voluntad popular y sembrando la sospecha sobre los cinco millones de votos que obtuvo Podemos en las elecciones del 20-D. Ya les vale.

De saldo

Escarnio es el que nos han hecho en los últimos cuatro años. El 21% del IVA a la cultura, la imposición de una ley de educación que prima la desigualdad, la falta de medidas contra la ignominia de la violencia de género, la obediencia debida a los lobos de Europa.

Escarnio es ver que una provincia que tiene una riqueza natural inmensa está de saldo. Como las traviesas del antiguo ramal del ferrocarril minero de Villablino a Villaseca. Las liquidan a 10 euros por pieza para abrir una senda natural.

Sin miedo

Estamos en carnaval, las mujeres tomaron el mando municipal por un día y homenajearon a una mujer con mando en plaza, la comisaria María Marcos. Se viste de águeda por segunda vez desde que llegó destinada a León. La tradición se da la mano con la modernidad y miramos al campo con la esperanza de que la siembra sea buena y la cosecha propicia para los nuevos tiempos. Sin miedo.

VANESSA
CARREÑO

ANSIOSOS

Alguna vez ha dicho o hecho algo para que los demás se lo reconocieran? Piénselo. No pasa nada, todos lo hemos hecho. El problema es cuando empezamos a depender de ello, llegando incluso a no diferenciar entre lo que hacemos porque queremos y lo que hacemos para que los demás nos lo reconozcan.

La necesidad de reconocimiento se manifiesta de muchas formas. Está el que hace horas extra en su trabajo para que su jefe se lo reconozca; el que da esperando que los demás se lo agradezcan; el que presume de sus logros o necesita demostrar todo lo que sabe para sentirse valorado; el que cosecha éxito tras éxito, sin realmente sentirse satisfecho con su vida, sólo para que los demás le digan lo bien que lo hace...

Todo parece ir bien hasta que un día nadie nos devuelve ese halago, ese cumplido o ese gesto de admiración al que nos habíamos acostumbrado. Y entonces el castillo se desmorona.

Cuando uno se engancha al reconocimiento se vuelve esclavo de su ego. Hace, dice y se comporta para que los



demás le vean. Se muestra para ser reconocido. Si no me reconocen no estoy, no sé, no valgo, no soy.

El problema es creer que somos lo que los demás valoran y reconocen. Un autoengaño cimentado sobre nuestra falta de autoestima. Porque el hecho de que los demás le admiren no cambia nada. Y es que su valía como persona no depende de los demás, sino de usted mismo. De cómo es, de cómo se relaciona, de si es coherente, de si honra sus valores, de si cumple con sus compromisos, de si se esfuerza por ser mejor persona cada día... En definitiva, de todo lo que nadie puede arrebatarse. Se lo digan, o no se lo digan.

Así que si usted también se ha perdido en la búsqueda de ese reconocimiento, empiece por ser consciente de ello. Dese cuenta de cuando dice o hace algo esperando un «qué bien lo haces» o un «qué haríamos nosotros sin ti». Y entienda que su bienestar no está en que los demás le reconozcan, sino en construir un espejo que le permita reconocerse a usted. Sólo desde ahí podrá apreciar su verdadera grandeza.

www.coachingtobe.es

PROMETER LO IMPOSIBLE



ANDRÉS ABERASTURI

En estos días locos de reuniones y pactos, de rayas rojas y «qué parte del NO, no has entendido», ahora que hasta la visibilidad de los escaños son moneda de cambio, nos llegan noticias —otra vez— del bueno de Tsipras, el griego al que ya le están montando huelgas sus votantes porque no tiene más remedio que recortar las pensiones, eliminar subsidios y subir el IVA. Y es Tsipras, la gran esperanza blanca de un nuevo socialismo, el hombre que llegó al poder para cambiar esta Europa que a tantos nos disgusta. Pues se ve que no.

Pero aquí seguimos empeñados en declaraciones vacías, en promesas fantásticas hechas por soñadores para un pueblo, el nuestro, que forma parte de

un club que, nos guste más o menos, es hoy un seguro de vida. Aquí seguimos discutiendo si Sánchez logrará formar gobierno, si Pablo Iglesias será o no vicepresidente, si los independentistas catalanes se abstendrán o votarán que no.

Y lo entiendo, claro; es lo más inmediato, lo que corre más prisa y lo que ofrece titulares y moviliza las tertulias. Pero habría que ir un poco más allá porque quien es hoy protagonista de la cosa, el secretario general del PSOE, ha vuelto a repetir hace unos días las grandes líneas de su programa. Y naturalmente es un programa que uno firmaría encantando salvo por esa pequeña estupidez que se llama realismo.

Vamos a dejarnos de nombres y de cargo, de siglas e intereses; vamos a

pedir que nos expliquen cómo se deroga en un día la reforma laboral y, sobre todo, por qué se sustituye pero no sólo aquí dentro sino en Bruselas que sigue pidiendo, insaciable, más y más ajustes. Vamos a pedir que nos expliquen con qué se va financiar la ley de Dependencia que nació agonizando y murió con el PP. Vamos a pedir que nos digan de dónde saldrá el dinero para subir el salario mínimo, las pensiones y esa especie de subvención genérica la llamen como la llamen.

Este es un mundo injusto y habrá que cambiarlo pero no confío mucho en que puedan hacerlo los que ahora negocian el gallinero del Congreso. La globalización no es ni buena ni mala, sino un hecho lo mismo que es un hecho la Europa del Euro.